

ISACARO

¡Eh, que aquí bien puede pasar!

FULGENCIA

¡Quítate allá, arredro vaya, mal beso, mal diabros!

ISACARO

Adiós, mi señora Fulgencia.

FULGENCIA

¡Sí, por ciertoz; muy contento va goras por brazarme.

VIOLETA

¡Válame Dios! Es para perder el seso.

FULGENCIA

¿No callarás, putilla? ¡Ay, qué mala machachal! ¿Qué mal brasada te veas aquesa yengual! Aunque Dios la quiera hacer merced á la personas, no podemos contigo.

VIOLETA

¿Sí? ¡Guárdenos Dios! Está el otro que se muere por ti.

FULGENCIA

Yo me la sanare á la lumbre de mi caras y de mi ojos.

VIOLETA

Anda, vamos, acabemos.

FULGENCIA

¡Ay, señor! Pléguete á vos que ante que la terra la echa sobre la ojo, me vea yo casados con mi queridos.

(Éntranse Violeta y Fulgencia y sale Asobrio, pastor.)

ASOBRIO

La soledad y falta de contraria y rústica conversación á los afligidos corazones muchos afirman que suele dar contentamiento y descanso, y asimismo á los que de tan ponzoñosa yerba son tocados. ¡Ay, fortuna cruel, cuánto yo más que otro ninguno de tu crudelísima condición me debo querellar, pues por tu malvada desorden, acompañada de la tiranía de aquel desapiadado de Liceno, mi hermano, de señor en un pobre jornalero me he convertido, viniendo á parar en casa de Sulco por huir su destemplada y horrible furia, pues procurando mi muerte el alevoso, siendo yo niño, y por quedar apoderado de la hacienda que nuestros padres nos dejaron, de unos corredores abajo sin misericordia ninguna me lanzó, y á mi hermanica Toscana á ciertos criados suyos mandó que en lo más espeso de las montañas la dejasen desamparada, para que de los selváticos animales y de las brutales bestias pudiese ser comida! Y lo peor de mi infortunio es que de aquí no soy suficiente [á] despedirme; y la principal ocasión por donde perdí la libertad de ausentarme es el amistad y el amor grande que Troyco, el zagal de casa y

compañero nuestro, de su propia gana y casi sin volverle yo el recambio me muestra; el cual, entendiendo muchas veces de mí estar ¹ determinado se ausentar mi persona, dulce y amorosamente y [con] encarecidas plegarias me lo ha estorbado. Á cuya causa y por reconocelle algo de lo mucho que le debo en este hábito me sostengo. ¡Tate! No sé quién entre los quicios hacia acá sus pasos blandamente revuelve.

(Entra Troyco, pastor.)

TROYCO

¿Quién va allá?

ASOBRIO

Quien por conservar tu amistad y conversación dulce, consigo propio está enemistado.

TROYCO

Aclárate más, Asobrio, si deseas que tus palabras entienda, y dime cómo es aqueso.

ASOBRIO

Una amistad estrecha con otra, un otro amor con otro mismo amor se suele pagar, amigo Troyco, y como yo siento que por la bondad tuya y no por otro interese de mí contento estés, no puede corresponder la paga de mis obras, si no es con tener conocimiento de poder recompensarte con la misma moneda, que es tenerte aquella amistad extremada que

¹ Repetida en los originales esta palabra.

hasta el día de hoy me has mostrado, y á causa de no perdella, no oso de Sulco despedirme, por no quedar desapasionado de lo que yo tanto estimo.

TROYCO

Muy largos años de vida tengas, amigo Asobrio, y aunque yo conozco que tu buena condición me pague en algo la sobrada voluntad que te tengo, bien conocido he que no solamente por la amistad que tú confiesas tenerme es tu tardanza; mas si me das licencia y con lo que te dijere no rescibes pesadumbre, declararte he una duda que muchos días ha que en mi pecho está muy oculta.

ASOBRIO

De ninguna cosa que tú me digas, amigo Troyco, puedo yo rescebir repunta de alteración, ni ningún desabrimiento; así que de mí no temas, di lo que quisieres, que como amigo te juro de estar á todo cuanto dijeres sujeto y obediente.

TROYCO

Ya que me has concedido la licencia y el perdón, asimismo si con palabras te ofensare, digo, Asobrio, que no puedo creer enteramente, como delante dije, que sola mi amistad te detenga en esta sierra, antes creo que podríamos decir por ti: «Aquel pastorcico, madre, que no viene, algo tiene en el campo que le duele.»

ASOBRIO

¡Ay, Troyco, amigo mío, y cuánto vives engañado! Y aunque más no te aclaras, ya entiendo pisada por pisada donde tu intención está medida por las palabras que has pronunciado. Tu querrás decir que como Tymbria, la hija de Sulco, amo nuestro, tan generalmente comunique con todos...

TROYCO

Ya, ya; no pases adelante, que enclavado has en el fiel donde yo de punta en blanco asestaba.

ASOBRIO

Asegura tu corazón, Troyco, que aunque de quien yo soy aquesa pastora es ¹, podría ser haya grandísimos quilates de diferencia; y descuidate, Troyco, que por la amistad que ya te he confesado, no alzaré yo más mis ojos á miralla por vía deshonesta que si ella fuera mi carnal hermana, y despide los celos que te han hecho disparar contra este amigo tuyo.

TROYCO

Estoy tan asegurado, Asobrio, de lo que me has dicho, como si con los propios ojos lo viese; así, pues ya tienes conocida la extrema afición que yo á Tymbria sin nos hablar nos tenemos, pídotte, amigo carísimo, la fidelidad y secreto guardes como de ti se espera; y en señal de confederación nuestra te quiero

¹ Así en ambos textos.

abrazar, y déjame solo, porque muchos días ha que traigo un valiente jabalí espiado para ver si podré llevar á ejecución la muerte suya.

ASOBRIO

Pues á Dios, mi Troyco, y él te conceda la victoria, por que con la valentía de tu brazo todos en casa á la acostumbrada hora nos regocijemos.

TROYCO

¡Oh, amor cruel, y cuánto contigo vivimos todos en esta casa engañados! Tymbria, imaginando que yo sea varón, engañada conmigo; Isacaro por matarme, sin yo en ninguna cosa serle deudora; yo pidiendo celos fingidos á Asobrio por que no quiera bien á Tymbria, á causa del entrañable amor que ocultamente como mujer muy enamorada le tengo, y él á mí con el amistad clara y sincera, como un compañero suele querer á otro. Voime, que Leno me parece que asoma.

(Sálese Troyco y entra Leno, simple.)

LENO

Muchas veces ajorman los hombres cosas que les valdría más estar cuartanarios en la cama y aun quintanarios. Mirad, por vida vuestra, quién le mandaba á mi amo cuando me envió por aquella carga de aulagas para calentar el horno, tantas retartalillas ni tantos retruécanos. Parésceme á mí que para un hombre discreto y agudo como yo, bastaban el tercio de las

palabras, que de cansado de rumiallas á la sombra de un lentisco me adormí, y despertado, me hallé sin asno y enjaquimado desta suerte. ¡Válame Dios! Si por mi mala suerte algunas estantiguas me han convertido en asno, adobado está Leno. ¡Ah! Plegue á ti, ángelo Miguelo, que me depares alguno que me conozca y desengañe quien soy. ¿Oixte quién sale allá? Quiero llamar. — ¡Ah, señora!

MESIFLUA

¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

LENO

Eso querría yo saber.

MESIFLUA

Qué, ¿tu nombre propio no sabes?

LENO

Pus si lo supiese, ¿qué me faltaba?

MESIFLUA

¿Dónde has partido hoy, ó quién te puso ese rebozo?

LENO

Yo creo que de casa de mi amo Sulco.

MESIFLUA

Pues ¿á qué saliste de casa de tu amo, ó cuándo?

LENO

Ayer salí antes que el sol.

MESIFLUA

¿Por qué ibas?

LENO

Si soy el que pienso, por una carga de aulagas para calentar el horno, porque estaba ya el pan masándose cuando salí de casa.

MESIFLUA

Y ¿cuándo se había de cocer el pan?

LENO

Ayer había de estar cocido, que dos días ha que por no haber polvo de harina en casa nos dábamos al ayuno.

MESIFLUA

¡Buen recado se tiene la gente de tu amo con tal priesa! Pero agora, ¿qués lo que quieres, ó qué buscas?

LENO

Querría saber quién soy ó cómo me llamo.

MESIFLUA

¿De qué manera quies saber aqueso de mí?

LENO

¿De qué manera? Que yo me volveré acullá la cara y llamarme heis por mi nombre, y si os respondiere, yo debo de ser.

MESIFLUA

¿Y si no respondes?

LENO

Si no respondiere á Leno, daré conmigo en casa de algún saludador y rogaréle que me conjure, que quizá debo ser el álma del mozo de Sulco, que cuando se echó á dormir le debieron de matar y enjaquimar.

MESIFLUA

Bien dices. ¿Por qué nombre quiés que te llame?

LENO

Cuando era vivo, Leno me llamaban.

MESIFLUA

Pues calla y llamaréte.

LENO

Déjame volver de espaldas.

MESIFLUA

Vuélvete.

LENO

Heme aquí. ¡Sus! Bien me podéis llamar.

MESIFLUA

¡Leno!

LENO

Alzá un poquito más la voz.

MESIFLUA

¡Leno!

LENO

¿Qué os praz?

MESIFLUA

¡Ah! ¿Ves como eres tú?

LENO

Sí, sí; yo soy, yo soy. ¡Oh, bendito aquel que me dejó hallar! En mi vida me había visto tan confuso.

MESIFLUA

Y agora, ¿qué quieres hacer?

LENO

Desllorarme á mí y comenzar á llorar al asno, que creo ques el perdido, y entraréme en casa.

MESIFLUA

Ve norabuena.

LENO

Reventado muera yo si de aquí adelante no me hago poner un escrito en las espaldas que diga cuyo soy y cómo me llamo y en qué barrio moro, como suelen poner á los niños cuando comienzan á caminar.

MESIFLUA

Bravamente se nos asigna y acerca el tiempo donde mi hermano Abruço y yo en nuestras libertades seremos restituídos; pero antes que el término llegue, será menester proveer otra cosa. Isacaro y Urbana,

sobrinos míos, están sobre celos de Tymbria, la pastora, amordazados, y éste es el lugar donde ha de ser su competencia. El alárabe que á mi sobrina crió ha con su sabiduría proveído en cómo por mi mano, arrojando aquesta flor en el suelo, de tal sueño sean todos opremidos que de sí no sepan; y más que Aso-brio con Isacaro por mi mano sean metidos y enlazados en el tucio del robre, donde mi hermano Abruso está encantado y detenido, para que á un mismo tiempo ellos se conoscan y todos queden libres.

(Vase Mesiflua y salen Troyco y Leno, simple.)

TROYCO

Mira, Leno, que no estoy de tu temple; déjame, que ni he visto el asno, ni sé qué se ha hecho, ni sé qué te responda.

LENO

¿No harás una cosa por amor de mí, hermano Troyco?

TROYCO

Sí; ¿qué quiés que haga?

LENO

Que entres en el estabro y sepas dél como nos perdimos el uno del otro, ó por qué camino echó su merced, y si viene despeado, y qué le aconteció en el camino, y todo lo último de su sucedimiento.

TROYCO

¿Y de quién tengo de saber aqueso?

LENO

Del asno; anda, ve.

TROYCO

¿No digo que no está en casa?

LENO

Aqueso es peor.

TROYCO

Entra tú allá y pregunta á esos mozos de casa si por ventura haya venido.

LENO

¡Mi madre! No me conocerá ya ninguno.

TROYCO

¿Por qué no te han de conocer?

LENO

Debo venir muy barbado.

TROYCO

¿Cuando saliste de casa?

LENO

Ayer de mañana.

TROYCO

Pues ¿desde ayer de mañana no te habían de conocer?

LENO

¡Mira qué milagro tan grandel; no me conocía yo propio; ved cómo diabros me conocerán los que no son yo. Pero dime: ¿está señor en casa?

TROYCO

Pienso que sí.

LENO

¿Y podré entrar yo sin que me vea?

TROYCO

Bien podrás.

LENO

¿Hame prometido algo de ayer acá, si sabes?

TROYCO

¿Qué te había de prometer?

LENO

Alguna tarea.

TROYCO

¿Y de qué?

LENO

¿Es vivo aquel cayado largo que él suele traer?

TROYCO

En la mano se lo dejé yo agora.

LENO

Ya me parece que le siento andar tomándome la medida destas costillas, como suele; mas buen remedio.

TROYCO

¿Qué remedio?

LENO

Colarme en la pajiza y soterrarme muy bien en la paja, y en llegando allí cualquiera que me vea, hacedle encreyente que soy ratón de las Indias.

TROYCO

Bien has dicho; anda, vete.

LENO

Troyco, no dejes de irme á ver si se tardaren mucho en sacar paja, que allí me hallarás, y no te descuides de llevarte algo en las manos, que el estómago tengo hecho levadura de pura hambre, y por excusar los palos holgaré de estarme allí hecho ermitaño de pajar.

TROYCO

Bien harás; ve con Dios.

LENO

Tomara yo agora otra mantecada como la de maras, aunque nunca Dios la dejara tener canela ni azúcar.

TROYCO

Aqueste es el lugar adonde el loco de Isacaro y yo

quedamos que nos veríamos. Grandes son los celos que aqueste zagal tiene de mí, el cual si tuviese entendido quién soy, bien cierto sé que de tal liviandad estuviese su corazón bien asegurado. Pero ¡ay, cuitada, cuán encogido linaje es el mío!, pues para mi honestidad, más lícito me será morir aquí á sus manos, cuando mi contraria fortuna en tal trance me pusiere, que no por temor de la muerte darme á conocer quién yo sea. Gran sueño me acude: ¿qués esto? Recostarme quiero aquí un poco entretanto que me viene mi contrario.

(Échase á dormir y sale Isacaro.)

ISACARO

Ya estoy en el puesto; agora se averiguará entre mí y el malvado de Troyco cuál de los dos terná cargo de servir á mi amada pastora Tymbria. Mucho se tarda, que de la limitada hora que pusimos el término pasa; mas helo allí do yace durmiendo. ¡Oh, traidor! Qué, ¿en tan poco me tienes, que no te dignaste aguardarme despierto? Aguarda, pues, que yo te daré el pago de tu locura.

ASOBRIO

Tente, tente, Isacaro; no acometas durmiendo al que despierto habrá duda si le osases hablar.

ISACARO

Y ¿qué parte eres tú, Asobrio, para que yo no esecute en este traidor la poca cuenta que ha hecho de mí?

ASOBRIO

¿Qué parte, dices, Isacaro? Muy grande. Basta haberseme dado Troyco por amigo íntimo para que yo por él pueda pedirte la alevosía que sobre seguro ibas á cometer; y si te parece, arriédrate lo que te cumple en tanto que yo para lidiar contigo me apercibo, que pues estamos solos, deja reposar al mozo, que yo en lugar suyo haré armas contigo de bueno á bueno, y te daré á entender qué cosa es acometer los hombres sobre asechanzas.

ISACARO

Soy contento; ¿cómo te parece que sea nuestra lid?

ASOBRIO

Tú traes un puñal, yo asimismo este cuchillo; despójate, que antes quel mozo despierte, uno de los dos será quiteo de cuidado.

ISACARO

Soy contento, que después que de ti quedare libre, haré del traidor que duerme á mi voluntad.

ASOBRIO

Bien dices; aqueso será si para hacello te concedieren tiempo.

ISACARO

¿Tiempo? Aunque no quieras,